

tocó vivir. Digo lo de fácil, pues no hay complicación alguna a la hora de construirles una psicología; se comportan como miembros de la sociedad que son y más que encarnadores de ficción, son meros portadores de sus biografías, las que su retoño de estos días encierra en una novela con título bastante sugestivo.

*El próximo año en Jerusalén*, es la frase ritual con la que los judíos celebran la Pascua; lo que se dicen cada año, así como los cristianos aquello de feliz Navidad. Sólo que ellos lo vienen repitiendo desde que empezaron su terca Diáspora hace más de dos mil años y a través de los sucesivos exilios y persecuciones. El título sugiere algo así como una especie de desandar ese penoso camino de vuelta a la Tierra Prometida. El ejemplar viene ilustrado con una vista de Jerusalén a la hora del crepúsculo, con el sol dorando de pan los antiquísimos muros de iglesias, mezquitas y sinagogas. O sea que *El año que viene en Jerusalén*, titulando una obra literaria, vendría a ser como el estrecho emparentamiento entre la realidad histórica y lo que los personajes de la novela se disponen a hacer a lo largo de las 426 páginas. Pero no. Nada de eso. Muchas (muchísimas diría yo) situaciones que a fuerza de ser divertidas resultan estereotipadas, soportándose diálogos innecesarios, con monólogos y reiteraciones asimismo innecesarios. Historias poco sustentadas (y hasta poco documentadas) como la creación de un equipo de fútbol en Nueva York (¿qué fútbol: americano, británico, *soccer*?) compuesto de once superjugadores que ganan partidos de una manera forzosamente milagrosa...

Desconozco si el señor Kaminski es autor de otras novelas. Desafortunadamente, y como es norma negativa de tantas editoriales, no se incluye en la solapa una biografía y «currículum» literario del autor. Por lo que es imposible saber su trayectoria y si su novela *El año que viene...* es un eslabón de una secuencial vida dedicada a la literatura o simplemente una anécdota de alguien con aficiones que un buen día decidió contarnos la historia de su familia. Sin embargo, André Kaminski es capaz de elaborar situaciones eminentemente literarias, poéticas, artísticas, salpicando admirablemente una narración a la que le sobran líneas, párrafos y hasta páginas.

De todos modos, y me reafirmo en ello, *El año que viene en Jerusalén* puede servir de base para la reflexión; de hasta qué punto Alemania no es la única culpable del antisemitismo que con tanta saña lastra su presente y, si sigue progresando el tópico, su futuro. No intento con esto exculpar a Alemania de su bochornoso pasado..., sería a la vez de ineficaz, ridículo. Sólo recordar que no estuvo sola en aquellos desgraciados acontecimientos. Por lo que respecta a la novela en sí, se puede leer y hasta pasar un buen rato. ¡Lástima de título; con lo que se podría hacer con él!

**Miguel Manrique**

# Un puñado de vidas huecas\*

Ante la condición humana que a todos nos incumbe, hay quien mantiene una visión fundamentalmente optimista a lo largo de su recorrido vital, pero esto no suele ser lo normal y corriente, que consiste, más bien, en ir rebajando las actitudes de optimismo en la misma medida que la vida, en general, va haciendo rebajas. También, haberlos los hay, que como una constante, manifiestan, destilan, pesimismo y acritud ante la condición humana.

De una visión acre y negativa están empapadas las casi cuatrocientas páginas que forman la presente novela de Jesús Pardo, escritor ya conocido por su actividad periodística, por su poesía recogida en los volúmenes *Presente vindicativo estrictamente epidémico* y *Faz en las fauces del tiempo*, y por su primera novela, publicada en 1982, *Ahora es preciso morir*.

La acción central de *Ramas secas del pasado*, se desarrolla en Madrid, y en los años que siguen al final de la Segunda Guerra Mundial. Los protagonistas son los miembros de la colonia británica residentes en la capital de España, que forman un microcosmos desesperanzado y amargo, en el corazón de un país que trabajosamente levanta cabeza después de una tremenda guerra civil. Ingleses de vidas huecas y reducidos grupos de españoles que se relacionan con ellos, son la galería de personajes que Jesús Pardo describe francamente bien, en una buena novela que deja mal sabor.

## Grotesca Pleasance

Cuando la inglesa Pleasance, eje principal de la novela de Pardo, llega a España, acaba de cumplir veinticinco años. Viene a trabajar en una empresa de importación y exportación donde necesitaban una secretaria inglesa para llevar la nutrida correspondencia con el extranjero, en torno, más que otra cosa, a complicadas regulaciones cuyo único objeto parecía ser impedir toda importación que no estuviera bien lubricada por recomendaciones, sobornos y compadreo. El autor no pierde ocasión para hablar de «aquel mundo oficial madrileño de pasillos, zancadillas y conchabamientos, para soslayar, o aún mellar, la ley, ágil y huidiza como un ratón de campo, cambiante como un camaleón, permeable como una criba».

Pleasance se había casado en Londres a los diecisiete años con un rico americano al que conoció en la huida de un bombardeo, y del que se separó algún tiempo después. La imagen que Pleasance ofrece en el transcurso de la novela es grotesca y depravada, y de esta misma imagen salpica la totalidad del mundo en que se mueve: tugu-

\* Jesús Pardo. *Ramas secas del pasado*. Seis Barral. Barcelona.

rios, burdeles, casas de cita, bares de homosexuales, pensiones lúgubres y bacanales clandestinas. Podría decirse que Jesús Pardo se «ceba» con este personaje del que al describir el día de su boda ya cuenta: «Y luego la boda, en Londres, con la familia Rootham instalada en el Ritz, y ella de punta en blanco, un blanco que sus sesiones de cama con Clifton, y con tantísimos otros, hacían sumamente impropio, por lo menos a sus propios ojos, hasta el punto de llegar a decirle a Clifton: «¿Por qué no nos casamos los dos de negro?»»

También refiriéndose al acontecimiento de la boda, Pardo escribe: «Estaba —Pleasance— tan nerviosa que se bebió dos whiskies casi puros y seguidos antes de salir para la iglesia, y se cayó escaleras abajo, cuan larga era, mostrando, se dijo a sí misma, horrorizada, en el momento de caer, la entrepierna a todos los que la esperaban al pie, «porque nunca llevo bragas, no me gustan», como explicó, alisándose la falda, a su escandalizada suegra inminente».

## Tierno y risible Nick

Nick Blunt, en la totalidad del desarrollo de la novela, es el respiro, el personaje donde el lector consigue encontrar rasgos de humanidad y ternura. Alto, grandote, desgarrado, de cara larga y ancha y mirada perdida de vaca pastoreña, Nick es descrito como un alguien risible pero entrañable, «que veía pasar la vida —escribe Pardo—, ya al borde mismo de la treintena, con la tristeza permanente de quien siente cerrársele una existencia que nunca había estado abierta para él de verdad. Su misma conversión al catolicismo había sido una forma de romper la monotonía, de añadir color y movimiento y aroma, incienso incluso, a una vida inmóvil e inodora. En Madrid daba clases en el Instituto Británico, y con eso y algunas clases particulares y una rentilla que le llegaba de Cambridge, Nick vivía bien en el Madrid pobre y ostentoso de la postguerra».

Los amores de Nick aparecen divididos entre una puta oficial, su novia oficial, con la que no acababa nunca de casarse, y el café Castellana, a donde iba todas las tardes y alguna que otra noche, donde se le consideraba importante escritor inglés, a pesar de que sus escritos se reducían a una novela que guardaba en los cajones de su cuarto, ya que ningún editor había querido publicársela. Así transcurría su vida, «en aquel Madrid de los años cuarenta —escribe el autor—, tan encerrado en sí mismo como él mismo, y tan cerrado al exterior que le liberaba, asfixiándole al mismo tiempo».

A Nick le gusta España y sus gentes. Viaja por ciudades y pueblos, sintiendo —como dice Pardo— que no tenía sitio mejor a donde ir: «Londres —escribe— a él le podía, y al resto del mundo anglo o hispanoparlante le podía él. Sus glorias madrileñas eran falsas, su halo del café de esmeril, en el prostíbulo habitual sus triunfos le costaban dinero, de su novia le separaba el temor permanente a concretar los cotidianos sueños hogareños en una boda de verdad».

Pero a pesar de los pesares, Nick se va integrando en el medio hispano, hasta ser clasificado en las raras filas de «indigenizado e intelectual, de la colonia británica madrileña». Hasta tal punto que el director del Instituto Británico llega a advertirle: «Tenga

cuidado. Me dicen que se pasa usted el día entre españoles. Eso no está mal en sí, es lógico que le inspiren curiosidad esta gente y sus costumbres, pero hay que ser cauto: los españoles, como usted sabe muy bien, no son muy de fiar, y luego está la situación política, pueden meterle a usted en un lío... Son gente de poco mundo, están muy fanatizados. Otra cosa es si cultiva usted los medios oficiales y la clase alta, donde la política es un juego, con reglas que se aceptan y nadie toma en serio».

## Un mundo turbio, espeso

Todo es desolador, disparatado, sórdido en el entorno que abarca *Ramas secas del pasado*. Bernard, como cada uno de los sujetos que forman parte de esta historia, se deja llevar, y en el mejor de los casos, mecer, por un no saber de dónde viene ni a dónde va: «Bernard —escribe Jesús Pardo— se sentaba en un rincón del club, junto a la ventana, empapando su depresión en whisky, y esto le dejaba a prueba de toda agresión íntima hasta el día siguiente. Este excesivo beber se infiltraba en su trabajo de las mañanas: alguien comentó en el Instituto que tenía que estar pasándole algo, porque ya no mostraba su eficiencia habitual. A él le daba igual, dedicado como estaba a la contemplación incesante del desamparo sin remedio que le cubría por entero, tentacular, penetrando en cuanto le rodeaba».

Pero en este mundo de los ingleses, algo fundamental es que, pase lo que pasare, la discreción no falte. El cuerpo diplomático es el estereotipo de lo que los demás imitan, y así, Harry, secretario de la embajada británica, «indiferente a las infidelidades de su mujer —escribe Jesús Pardo—, se sintió airado al verla irse de casa, y hubo consejo entre los dos, del que salió la decisión de mantener las apariencias al máximo: Annette volvería al hogar, aunque quedaba libre de faltar a él cuantas noches quisiera, siempre que fuese discreta».

La síntesis final de su obra, la pone el autor en boca de un joven español que ha venido formando parte de este microcosmos de ingleses ubicados en España: «Apuró —Alejandro— el resto de la botella, la tiró al suelo, quedó así, hundiéndose en la nada. Su último pensamiento se quedó en deseo apenas formulado: no volver a salir de aquella matriz sedante y húmeda». Tal vez la nada.

Isabel de Armas